

Olvidos y anamnesias de un conquistador defraudado

Nathalie Fürstenberger*

En varias oportunidades, el novelista argentino Abel Posse insistió en la importancia de la labor literaria como proceso estético y “des-cubridor”, necesario a la desmitificación y a la desacralización de la “historia oficial” colonial en la que se arraigan las culturas e identidades latinoamericanas¹. Su interés por la Conquista sirve, pues, el propósito claramente asumido de poner en tela de juicio la historiografía del siglo XVI, al servicio del poder imperialista, para poder contestar dos preguntas fundamentales, de crucial actualidad: “¿Cómo podemos explicar esta realidad?” y “¿Quién escribió nuestra historia?”. En su búsqueda, compartida por numerosos novelistas latinoamericanos, fusiona por ende la historia con la ficción, utilizando el pasado para escapar de la subjetividad de los vencedores e intentar comprender el presente.

* Université de Valenciennes et du Hainaut-Cambrésis.

¹ Véase Abel Posse. “La novela como nueva crónica de América: historia y mito”. En Karl Kohut (ed.), *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1992, pp. 249-255 y “1992: un imperio cultural en busca de su política”, *Lateinamerika-Studien*, vol. 37, 1995, pp. 99-117.

En “La Conquista en la crítica literaria”, Karl Kohut generaliza dicha postura, explicando además que, desde casi siempre, existe una confusión de géneros entre historia y literatura respecto a la literatura colonial. Adscribiéndose a las conclusiones de Walter Mignolo, Enrique Pupo-Walker y González Echeverría², quienes fueron unos de los primeros críticos en advertir la calidad literaria de los textos historiográficos de aquella época, observa:

La problemática discutida puede resumirse en dos antítesis: los autores del siglo XVI, tanto los humanistas como los cronistas, se empeñaron en distinguir, tanto en la teoría como en la práctica, las narraciones historiográfica y literaria y definir las leyes particulares de cada una de ellas; la discusión moderna pone en duda la diferenciación de ellas y, en el caso extremo, las hace coincidir; los cronistas utilizaron recursos literarios para escribir historia, los novelistas modernos utilizan recursos historiográficos para escribir literatura /.../.

Por otra parte pueden considerarse las novelas contemporáneas, en su conjunto, como una crónica colectiva el pasado y presente del subcontinente con lo que

² Véase, en particular, Walter Mignolo. “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”, *Modern Language Notes*, vol. 96, n° 2, marzo 1981, pp. 358-402 y “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”. En Luis Iñigo Madrigal (coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana*, Tomo I: Época colonial, Madrid, Cátedra, 1992, pp. 57-116; Enrique Pupo-Walker. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1982; Roberto González Echeverría. *Isla a su fuego fugitiva. Ensayos críticos sobre literatura hispanoamericana*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1983 y Roberto González Echeverría (ed.). *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Coloquio de Yale. Compilación y prólogo de R. G. E., Caracas, Monte Ávila Editores, 1984.

continúan, a una distancia de cuatro siglos, la labor de los cronistas primitivos.³

De acuerdo con estas antítesis, Abel Posse crea en *El largo atardecer del caminante* “un campo de reflexión y de conciencia de[l] ser y de[l] continente [americano]”⁴, remitiendo a la *Relación y comentarios del gobernador Álvaro Núñez Cabeça de Vaca de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Yndias*⁵, un auténtico testimonio autobiográfico del siglo XVI más bien conocido bajo el título de *Naufragios*. Con el fin de indagar textualmente las profundas mutaciones —tanto en las Indias como en España— provocadas por el descubrimiento de las tierras americanas, da vida a Álvaro Núñez Cabeza de Vaca (1490?-1559?), un hidalgo andaluz que, como se sabe, participó en la malhadada expedición de Narváez de 1527.

De vuelta a España, el personaje histórico se dio a conocer con la publicación de una crónica en la que narraba su naufragio, su peregrinación desde la costa de Florida hasta la ciudad de México-Tenochtitlan, así como sus tribulaciones entre los indios. La génesis de esta *relación* viene determinada por dos hechos fundamentales que, combinados, hacen que *Naufragios* no sea propiamente “historia” como tampoco “literatura”. Es de recordar, primero, que Cabeza de Vaca participó en la expedición de Pánfilo de Narváez en tanto que alguacil mayor y tesorero; su cometido no era, pues, informar a Carlos V. Pero, siendo uno de los cuatro sobrevivientes de dicha aventura, se vio obligado a redactar una *relación de suceso* para testimoniar ante el Imperador de lo acaecido. Desgraciadamente, el de haber participado a una expedición fracasada y haber sido esclavo, o vendedor ambulante, al servicio de

³ Karl Kohut. “La Conquista en la crítica literaria”, *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación, op. cit.*, p. 44.

⁴ Abel Posse. “La novela como nueva crónica de América: historia y mito”, *op. cit.*, p. 254.

⁵ Salió una primera edición en 1542, impresa en Zamora; una segunda, revisada por el autor, fue publicada en Valladolid por Fernando Fernández de Córdoba, en 1555. Esta edición incluye los Comentarios, a cargo de Pedro Hernández, el secretario de Cabeza de Vaca.

los aborígenes, no le permitió dar cuenta de memorables y triunfantes hazañas guerreras para justificar mercedes reales. Consciente de esa desventaja, Álvar Núñez expresó muy claramente la idea de que el recuento de lo visto constituía un “servicio” prestado a la corona, con miras a futuras conquistas⁶ y, para convencer a su lector, “tuvo que recurrir a la construcción de un relato que por su interés y “calidad narrativa” le ganara el favor del monarca y le atrajera las “mercedes” deseadas”⁷. Por las mismas razones, se autorrepresentó como héroe para que sus actuaciones no se volvieran sospechosas, otorgando por tanto al yo narrativo mucho énfasis.

Representativa de un nuevo tipo de discurso —el “discurso del fracaso” por oposición al “discurso mítico” colombino, según la terminología de Beatriz Pastor—, la obra de Álvar Núñez da cuenta de la definitiva cancelación de motores de acción tales como la riqueza, la gloria y el poder y, más aún, de versiones discursivas fabulosas de la conquista para dar paso a una representación racional y objetiva de los sucesos. Para salvar del olvido el relato de una expedición fracasada, dejó a la posteridad un testimonio de gran calidad literaria, rico en valiosos detalles etnográficos y religiosos, que informa sobre la vida de las tribus que vivían en el sur de los actuales EE.UU., en los años 1528-1536.

Numerosas referencias a *Naufrajos* enriquecen *El largo atardecer de un caminante*⁸, estableciendo una relación metatextual entre la ficción y el relato historiográfico que no sólo permite al autor volver a tratar temas ya esbozados por el cronista histórico, sino

⁶ Afirma Álvar Núñez: “Como la relación dello es auiso, a mi parescer, no liuiano, para que los que en su nombre fueren a conquistar aquellas tierras y juntamente traerlos a conocimiento de la verdadera fee y verdadero señor y seruicio de Vuestra magestad.” En “Prohemio”, Álvar Núñez Cabeza de Vaca. *Los naufragios*. Ed. de Enrique Pupo-Walker, Madrid, Editorial Castalia, 1992, p. 180.

⁷ E. Robert. “Los *Naufrajos* de Álvar Núñez: historia y ficción”. *Revista Iberoamericana*, vol. 48, n° 120-121, 1982, p. 684.

⁸ Abel Posse. *El largo atardecer del caminante* (1992). Barcelona, Del Bolsillo, 2003.

también reelaborarlos de acuerdo a un cuestionamiento identitario más bien contemporáneo. Entre otros, citemos por ejemplo el tratamiento de la función discursiva, el proceso de autodescubrimiento del personaje histórico⁹ o el descubrimiento de una alteridad americana. No volveremos a estudiarlos, prefiriendo indagar el olvido como mecanismo de “Cubrimiento de América”¹⁰, institucional y personal, y subir a bordo de la “cababela de papel”¹¹ que lanzó Abel Posse para “des-cubrir” su propia versión de la historia, poniendo en escena a un personaje consciente de sus fracasos.

Primero, es de señalar que la relación intertextual que mantiene la ficción con *Naufragios* viene metaforizada por la necesidad sentida por el narrador de releer su propio relato, comprobar datos y completar su testimonio, cediendo a las instancias de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien se extraña que sólo aparezca en la segunda edición la mención de la isla de Malhado y del tratamiento elíptico de seis años de semi esclavitud: “uno tiene la sensación de que usted oculta más de lo que cuenta”¹². Intrigado por las variantes que hay entre la primera versión de *Naufragios* y la publicada en Valladolid, el historiador visita a Cabeza de Vaca para aclarar con él algunos puntos oscuros de su crónica. Entabla con su huésped un difícil diálogo que, simbólicamente, pone en escena dos concepciones en pugna de la historiografía.

El personaje de Oviedo encarna un discurso dominante representativo de lo que era, en el siglo XVI, una “hispanidad en

⁹ Véase Sylvia Molloy. “Formulación y lugar del yo en los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca”. *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Bulzoni, Roma, 1982, Tomo II, pp. 761-766 y Enrique Pupo-Walker, “Introducción”. En Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. *Los naufragios*, Madrid, Editorial Castalia, 1992, p. 98.

¹⁰ Abel Posse. “La novela como nueva crónica de América: historia y mito”, *op. cit.*, p. 251.

¹¹ *Ibid.* p. 253.

¹² Abel Posse. *El largo atardecer del caminante*, *op. cit.*, p. 27.

busca de identidad”¹³, mientras que el personaje de Álvaro Núñez representaría más bien una incipiente americanidad en busca de identidad, un emergente “nosotros” sin referente sociocultural todavía bien definido. De Oviedo fue, y es en la novela, un funcionario real que no podía menos que cumplir con un “programa de memoración”¹⁴; su cometido de sentar la legitimidad y la pertinencia de una política imperialista española claramente relacionada con la evangelización y asimilación cultural de los indios se ejercía mediante reconstrucciones discursivas de experiencias personales ajenas. El mote que le atribuye Álvaro Núñez de “conquistador de los conquistadores”¹⁵ significa su deseo de tener una visión histórica abarcadora de lo experimentado por los conquistadores¹⁶, pero al mismo tiempo remite de manera muy irónica a problemas como los de la propiedad intelectual y del plagio¹⁷. Asimismo introduce la cuestión implícita de la interpretación de los testimonios dejados por los verdaderos actores de la Conquista:

para bien o para mal —reconoce Álvaro Núñez— la única realidad que queda es la historia escrita. El mismo Rey termina por creer lo que dice el historiador en vez de lo que le cuenta quien conquistó el mundo a punta de espada. Todo termina en un libro o en un olvido¹⁸.

¹³ Jaime González. “La significación de las Indias para la historia de España según Oviedo”. En VV.AA. *América y la España del siglo XVI*, Madrid, C.S.I.C., Instituto Fernández de Oviedo, 1982, T. I, pp. 77-84.

¹⁴ Jacques Le Goff. *Histoire et mémoire*, Paris, Ed. du Seuil, Coll. Folio/Histoire, 1988, p. 119.

¹⁵ Abel Posse. *El largo atardecer del caminante*, op. cit., p. 28.

¹⁶ Se sabe que Fernández de Oviedo nunca pudo dominar la enorme cantidad de material de la que disponía. Véase Jacques Lafaye. “Literatura y vida intelectual en la América española colonial”. En Leslie Bethell. (ed.). *Historia de América latina*. T. 4: América latina colonial. Población, sociedad y cultura. Barcelona, Crítica, 2000, vol. 4, p. 233.

¹⁷ Abel Posse. *El largo atardecer del caminante*. op. cit., p. 27.

¹⁸ *Ibid.* p. 29.

Mientras critica Cabeza de Vaca la obra del historiador, presentado como un “viejo insolente”¹⁹ que no supo sino escribir una “chismosa relación”²⁰, aboga por un relato histórico de corte testimonial, cuya veracidad radicaría en el recuento imparcial de lo visto y lo vivido y una escritura libre del estilo oficial, demasiado convenido y empacado²¹. Pero bien sabe que, lamentablemente, en un entorno represivo que le prohíbe expresarse libremente so pena de confiscarle la palabra, la verdad del testimonio directo “exige la soledad y la discreción”²².

El terminante juicio de Álvaro Núñez ejemplifica una postura ideológica que, en la parodia possiana, permitirá al personaje denunciar uno por uno los abusos de la Corona en momentos de colonizar las Indias y los estragos humanos de dicho proceso. Desde este punto de vista, los olvidos que confiesa el conquistador cobran una importancia primordial en tanto que motivo literario ya que, como lo da a entender el personaje possiano, resultan de una selección — una autocensura consciente o inconsciente (Cabeza de Vaca habla de “estrategemas del olvido”²³)— que borra momentos presentes del *continuum* de la memoria para preservar su integridad moral y física. Hacen patentes el deseo espontáneo de eludir el recuerdo de sentimientos penosos y desagradables y, dado los prejuicios imperantes, la dificultad de representar lo desconocido²⁴.

Ante el historiador oficial, minimiza Álvaro Núñez la importancia de un olvido que, por definición, remite o bien al contenido de un saber, o bien a una acción por cumplir. Según advierte Jean-Claude Milner²⁵, las aserciones “hecho de no acordarse de alguien” o “de hacer cierta cosa” que definen dicho concepto evocan al mismo tiempo a un individuo consciente, cuyo deber era precisamente de

¹⁹ *Ibid.* p. 17.

²⁰ *Ibid.* p. 26.

²¹ Abel Posse. *El largo atardecer del caminante. op. cit.*, p. 30.

²² *Ibid.* p. 59.

²³ *Ibid.* p. 211.

²⁴ *Ibid.* p. 27 y p. 124.

²⁵ Jean-Claude Milner. “Le matériel de l'oubli”, *Usage de l'oubli. Colloque de Royaumont*, Paris, Ed. du Seuil, 1988, pp. 63-75.

saber o hacer algo. Proceso incumplido, el olvido así definido se refiere a un acontecimiento real y contingente, de momento silenciado; confesarlo es ya reparar el fallo mediante el obvio proceso inverso del recuerdo o, más precisamente, de la anamnesia²⁶. Recordar se vuelve, pues, un acto voluntario y el medio idóneo para manifestar lo ocultado y devolver a la memoria hechos ejemplares y edificantes²⁷. Es precisamente la tarea a la que dedicará Álvaro Núñez los últimos meses de su vida, asumiendo en parte los riesgos que suponen la redacción de una nueva crónica que colmaría las lagunas de su precedente *relación*.

Preocupado por no dejar a los cartógrafos e historiadores manipular el pasado, decide Álvaro Núñez reparar los olvidos suyos y testimoniar, por fin, sobre el verdadero curso de los acontecimientos, así como sobre el fracasado alcance ético de la conquista. Para ello, el personaje ficticio de Cabeza de Vaca acude a la biblioteca de la torre de Fabrique a fin de “des-cubrir” el ocultamiento de la isla del Malhado en los mapas ahí guardados. Para ser creíble, cuando no infundir miedo a sus interlocutores, va luciendo un traje de juez del Tribunal Supremo mientras solía pasearse por la ciudad tal como un viejo vagabundo. De igual modo, volverá a recordar sus desventuras por las tierras americanas vistiendo los trajes de sus pasados cargos honoríficos: “me visto como para visitarme a mí mismo y dialogar con los otros Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, los que ya murieron o merodean dentro de mí como almas en pena”²⁸.

²⁶En su artículo “Réflexion sur l'oubli”. Yosef Hayim Yerushalmi distingue la *memoria* de la *anamnesia*, definiendo ambos conceptos de la manera siguiente: “Llamaré memoria lo que permanece fundamentalmente ininterrumpido, continuo. La anamnesia designará la reminiscencia de lo que ha sido olvidado.” En *Usage de l'oubli. op. cit.*, p. 10. La traducción es nuestra.

²⁷“Las anamnesias transforman inevitablemente su objeto: lo antiguo se vuelve algo nuevo; de manera inexorable denigran el pasado intermediario, decretando que está para el olvido. Pero lo que resulta de estas anamnesias, si no se revela efímero, tendrá a su vez que volverse una tradición con todo lo que esto acarrearé. *Ibid.*, p. 16. La traducción es nuestra.”

²⁸ Abel Posse. *El largo atardecer del caminante. Op. cit.*, p. 30.

El personaje justifica la importancia de los trajes, definidos como “vestiduras/ investiduras/ imposturas”, alegando la tiranía de la prueba²⁹. Soportes de las anamnesias, son asimismo pruebas de haber sido Adelantado, Capitán General del Río de la Plata y juez del Tribunal Supremo; pruebas tanto de una pasada autoridad, delegada por merced real, como de una injusta descalificación y tardía rehabilitación. Es más, siendo ahora imposturas para el antiguo “conquistador lujoso”³⁰, hoy en día indigente, las prendas se vuelven, pues, el doble signo de su decaimiento y de una estrategia subversiva, perfectamente consciente, llevada a cabo para condenar la violencia y crueldad de los conquistadores. Para colmo de la ironía, disfraza sus iniciativas personales de la temida autoridad religiosa del Tribunal Supremo para mejor esconder cuán heterodoxos son sus análisis de la historia hispanoamericana: “yo, el brujo de Malhado, tenía muchos más títulos para ser condenado que cualquiera de esos infelices, sin embargo me tocaba estar del lado de los jueces, de los custodios del orden”³¹ afirma al acercarse al Auto de Fe.

Interesa aquí recalcar el que use Álvaro Núñez la indumentaria, y trajes oficiales en particular, para significar al mismo tiempo su pertenencia a la sociedad española y profundos desacuerdos ideológicos, como si los uniformes marcaran hitos en la elaboración de una identidad contestataria, en una España cuyas mentalidades están en plena mutación. Por eso, vemos cierto paralelismo entre el naufragio que dio a su vida el rumbo aventurero que tuvo y una vejez vivida junto a la judería, en los márgenes de la cristiandad. En efecto, en ambos casos, la indumentaria se vuelve la expresión de una renuncia: abandona a la tempestad sus pertenencias (vestiduras e investiduras) para salvar con vida del naufragio, quedando por ende “desnudo y sin España”. Mayor, no le quedan a Álvaro Núñez más que “imposturas”; esto es, prendas que de seguro le recuerdan un pasado por el cual experimenta un fuerte resentimiento, pero que no le servirán sino para revelar lo increíble dentro del marco

²⁹ *Ibid.* p. 21.

³⁰ *Ibid.* p. 63.

³¹ *Ibid.* p. 103.

comparativo indispensable a la representación no de una alteridad amerindia —como pudiera ser el caso en las crónicas del siglo XVI—, sino de un proyecto conquistador equiparado a menudo a una empresa diabólica. Así, el cronista-narrador saca del baúl polvorientos trajes para dar rienda suelta a las anamnesias y reparar sus olvidos, escribiendo “vestido, con España”.

El disgusto que siente tras la visita del historiador de Oviedo le obliga a objetivar nuevamente el pasado. Para ello, renuncia a ser un conquistador defraudado, un “náufrago eterno, peregrino desafortunado, caminante”³², un “caminante que no llega a ninguna parte”³³, haciéndose cargo de un pensamiento que rompa con un discurso oficial utópico, de corte evangélico y etnocéntrico. La mala fama de supuestas ambigüedades suyas, así como la soledad, el descrédito y el desprecio, le daban la impresión de haber fallido como su padre, pero la función catártica de la escritura le permite liberarse tomando conciencia de que, en realidad, se negó heredar el patrimonio simbólico suyo y, cual su abuelo, ser un terrible conquistador³⁴.

No parece del todo inútil recordar, en efecto, que el linaje reivindicado desde el incipit³⁵, así como la figura del abuelo, cuyo descubrimiento de las Canarias constituyó un antecedente de mayor relevancia para el posterior descubrimiento del Nuevo Mundo, destinaban a Álvaro Núñez a reproducir esquemas tradicionales, más acordes a la cultura medieval. Pero, en vez de reivindicarse de sus antepasados como lo hizo el personaje histórico en un proemio dirigido a Carlos V³⁶, el personaje de Abel Posse, dotado de un libre albedrío que a la postre va a condicionar su percepción de la realidad

³² *Ibid.* p. 16.

³³ *Ibid.* p. 18.

³⁴ *Ibid.* p. 50 y 63.

³⁵ *Ibid.* p. 103.

³⁶ “De mí puedo dezir que en la jornada que por mandado de Vuestra Magestad hize de Tierra Firme, bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos como fueron los de mis antepassados (...).” En “Prohemio”. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. *Los naufragios*. *Op. cit.*, p. 179.

americana, escogió seguir el “camino del maíz” y vivir “a contra España”. Álvaro Núñez adopta, pues, una postura desmitificadora y crítica para con la acción sus congéneres, la Iglesia y la Corona; pero a diferencia de *Daimón* (1978) o *Los perros del paraíso* (1983), la historia del hidalgo andaluz nos es contada desde la perspectiva de un español no del todo identificado con el mundo conquistado. En efecto, si a imagen y semejanza de Lope de Aguirre, el antiguo conquistador “experimenta el sentimiento de inferioridad, el abatimiento y el rencor del colonizado”³⁷, no deja de ser ambivalente para con los indígenas:

Tengo más de sesenta y nunca me había atrevido a escribir lo de Amaría. Fue por orgullo. Orgullo de los de mi casta. El excesivo peso de la memoria de mi madre y de mi abuelo el Adelantado. ¿Cómo decirles de vida marital con una india? ¿Cómo decirlo sin mentir ni burlas, liviandad o falso justificativo de sensualidad? Lo callé para siempre. Y un poco más y hasta ordeno olvidarlo a mí mismo. Nunca fui libre como Cortés y tantos otros en esto. Me dicen que los pérfidos britanos y los holandeses tienen como la peor vergüenza confesar amores con indias y otras nativas. Son piratas y asesinos, pero tienen la delicadeza de no reconocer hijos de otra raza. En este mal sentido he sido más británico que buen español, esto es, cristiano. No he sido como Cortés, ni como Irala o Pizarro. Mi orgullo me jugó una mala pasada en esto /.../³⁸

Durante su estancia en las actuales tierras norteamericanas, Álvaro Núñez sufrió —según advirtieron varios críticos— una

³⁷Malva Filer. “La visión de América en la obra de Abel Posse”. *Lateinamerika-Studien* (Erlangen), vol. 29, 1995, p. 103.

³⁸Abel Posse. *El largo atardecer del caminante*. *Op. cit.*, p. 88.

“transculturación”³⁹ que le permitió participar en un intercambio cultural entre las dos civilizaciones, basado en la certidumbre de que los indígenas eran seres humanos. Las largas charlas que mantuvo con el cacique Dulján le aseguraron de que los amerindios gozaban de una extraordinaria humanidad, mientras sus virtudes morales hacían de ellos “grandes cristianos”⁴⁰. Dotados de raciocino, eran además capaces de juzgar a los españoles y comprender su vacuidad ontológica: “Ahora sabemos —afirmó Dulján— que os buscáis a vosotros mismos en cada puñalada que nos dais. Sabemos que no veníais traídos por vuestro dios, sino más bien huyendo de vuestros propios demonios /.../”⁴¹.

No duda el narrador-cronista en valorar los aportes indígenas —entre otros su capacidad de adaptación al medio—, negándose por tanto a sobreestimar la civilización occidental y hacer de España una entidad superior, “legítima” dueña de unos pueblos “bárbaros”. Más aún: comparte con Cieza de León la convicción de que los españoles hubieran podido aprender de los aborígenes. Pero, en momentos de colonizar el Río de la Plata o, para hilar la metáfora, ponerse “investiduras”, Núñez fracasó en su intento de implementar en el Río de la Plata una sociedad justa edificada sobre las bases de un mutuo respeto entre los españoles y los indios porque, a diferencia de sus compatriotas, no actuaba motivado por un espíritu de lucro y de poder. Además, las luchas entre los peninsulares y los violentos enfrentamientos entre indios y españoles obstaculizaban su política indigenista.

Sus reiteradas tentativas de evangelizar a los pueblos indígenas de Florida, así como la voluntad expresada de compartir

³⁹Basándose en el libro *Imperial Eyes* (1992) de Mary Louise Pratt, explica Kimberle López que “la transculturación se refiere a la existencia de un intercambio multidireccional de artefactos culturales, prácticas y modos discursivos entre colonizador y colonizado, aunque desde posiciones desiguales”. en “Transculturación, deseo colonial y heterogeneidad conflictiva en *El largo atardecer del caminante* de Abel Posse”. En *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Lima, año XXIV, n° 49, 1999, p. 42 y ss.

⁴⁰Abel Posse. *El largo atardecer del caminante*. Op. cit., p. 30.

⁴¹*Ibid.* p. 118.

con ellos los logros de su civilización (rueda, pólvora, moneda, etc.) dan constancia de su deseo de conquistar y civilizar y, por tanto, participar en conciencia en la empresa imperialista española. Resulta poco verosímil, pues, interpretar la falta de vestiduras —su desnudez— en momentos de pisar la tierra americana como la carencia del bagaje ideológico de un conquistador; sí parece lícito postular la postergación momentánea de unos rasgos determinantes en la otrora sociedad feudal española, simbolizados por la pérdida accidental de la cruz y de la espada —señales de cristiandad y nobleza— que el personaje volverá a usar casi rabiosamente en el Río de la Plata.

En vez de agredir, exterminar o convertir por la fuerza a los autóctonos, el caballero possiano defiende otro concepto de la conquista, resumido en una divisa: “sólo la fe cura, sólo la bondad conquista”⁴². Aboga por una conquista más humanista, espiritual y respetuosa de los amerindios, representados en la novela como verdaderos agentes activos (en Florida por lo menos) y no como víctimas de la conquista. Desgraciadamente, Núñez no pudo hacer émulos en Asunción porque la conquista era también comercio sexual: “no me di cuenta a tiempo —confiesa el personaje— que en aquel Paraguay de barro y selva, el único oro para nuestros hombres era el cuerpo de las indias”⁴³. Esta constatación y la condena moral que supone dan entonces paso a una implícita comparación entre las prácticas sociales y religiosas españolas e indias, cuya piedra de toque son precisamente los amores de Núñez con Amaría.

Fuera del aspecto meramente anecdótico de éstos, interesa recalcar aquí cuánto contrastan con la lujuría que reinaba en Asunción: en vez de raptar o de violar a su mujer, contrajo matrimonio reparando en los usos locales (el cacique Dulján acordó el enlace al cabo de tres semanas de fiestas rituales); aprendió Núñez a querer a su familia americana y, para protegerla, calló durante años sus sentimientos, ocultando por tanto la existencia de su descendencia india. En momentos de internarse en las tierras

⁴² *Ibid.* p. 200.

⁴³ *Ibid.*

septentrionales, incluso prefirió abandonar a sus hijos, Amadís y Nube, con la madre, convencido con razón de que “no podía /.../ sacrificarlos introduciéndolos en una España que los considera más como animales curiosos que como humanos”, tampoco les “podía imponer [su] comodidad de afectos ni [su] egoísmo”⁴⁴. La sinceridad de sus sentimientos y el constante esfuerzo de observar los usos indios —por lo cual no vacilará en cometer el infanticidio de su tercer hijo— ponen en tela de juicio, por contraste, la sumisión de las súbditas indias guaraníes a los peninsulares, cuya sexualidad se aparenta en la novela a una “verdadera contrarrevolución o subversión de coños y tetas”⁴⁵ que da a luz a un “pueblo mestizo, innoble, un pueblo de raza quebrada”⁴⁶.

El símil plantea el problema de los orígenes de una sociedad americana mediante una jerarquía humana binaria, de tipo aristotélico, establecida a partir de dos modelos relacionales contradictorios. En el siglo XVI, advierte Rolena Adorno, “las percepciones interculturales por parte de los europeos no se concebían creyendo en la alteridad sino en la identidad. Es decir, la mentalidad europea no se preguntaba si la nueva humanidad se ubicaba fuera de los esquemas antropológicos escolásticos sino donde se encontraba dentro de ellos /.../”⁴⁷; respondían a dos modelos relacionales distintos, basados respectivamente en la similitud o la oposición. En *El largo atardecer del caminante*, las anamnesias del antiguo conquistador y, sobre todo, el resurgimiento del recuerdo de su familia americana reforzada por el descubrimiento de un Amadís enjaulado en los muelles de Sevilla⁴⁸ invierten el histórico proceso comparativo de tal modo que, si bien es cierto que Núñez trató de comprender la humanidad americana en función de sus propios valores culturales (caballeresco, masculino y cristiano),

⁴⁴ *Ibid.* pp. 122-123.

⁴⁵ *Ibid.* p. 205.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Rolena Adorno. “El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad”. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Lima, año XIV, n° 28, 1988, pp. 55-56.

⁴⁸ Abel Posse. *El largo atardecer del caminante*. *Op. cit.*, pp. 211 y 218.

no deja de juzgar y condenar a los colonos radicados en el Paraguay y a los funcionarios reales, haciendo hincapié en la notable incapacidad de los españoles para respetar los principios fundamentales de su propio credo.

No se reconoce Álvaro Núñez Cabeza de Vaca en sus semejantes; ve en cambio en los indígenas virtudes morales que no tienen los españoles: son capaces de vivir en armonía con su entorno, leales a los valores de su religión, justos y solidarios. La dignidad que les caracteriza contrasta con la degradación y la anarquía respaldadas por los eclesiásticos y administradores de Asunción. En su crítica, da a entender que la licencia resultante de la instrumentalización de los cuerpos indios tuvo como lógica consecuencia el mestizaje de las poblaciones indias y una “occidentalización” forzada de las mismas, lo cual denuncia asumiendo, para ello, su propia identidad española.

En *El largo atardecer del caminante*, el conquistador possiano encarna una disyuntiva en el proceso colonizador. En momentos de hacer el balance de su vida o de escribir una “crónica secreta”, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca reconoce haber cambiado personalmente; su fe católica ya no es la misma, aunque sí se siente en lo hondo de sí mismo cristiano. Su ser cambió al contacto con los amerindios, se alteró para volverse a su vez otro: “Pero era otro, por más que yo disimulase. Era ya, para siempre, otro”⁴⁹. Por eso, reivindica pertenecer a un grupo de entes en devenir “ni tan indio[s], ni tan español[s]”, capaces de identificarse con América y de comprender las profundas contradicciones que debilitan el Imperio español:

/.../ nosotros no hemos descubierto ni conquistado. Sólo habíamos pasado por arriba. Habíamos más bien cubierto, negado sin conocer, amordazado. Nos mandaron a imperar. Eso hicimos, nada más. No fuimos a descubrir, que es conocer; sino a desconocer. Depredar, sepultar lo que hubiese. Avasallar silenciando, transformando a todos los

⁴⁹ *Ibid.* p. 157.

otros en ninguno. Señoreando, por fin, en un pueblo de fantasmas, de *ningunos*...⁵⁰.

Sin embargo, el *nosotros* al cual se refiere Cabeza de Vaca, en tanto que nuevo grupo de pertenencia, no tiene todavía validez referencial. En la novela, remite a unos conquistadores —Cabeza de Vaca, Cieza de León y Cortés en particular—, cuyas actuaciones les permitieron formarse una idea de América más bien humana y respetuosa con las diversidades étnicas y culturales. Personifican una nueva conciencia que, en vez de percibir y representar el mundo según códigos quiméricos y fantásticos europeos, conciben éste sin desconocer o mitificar las realidades americanas. Desgraciadamente, como lo dan a entender las preguntas de Oviedo, no se comprendía del todo a aquellos conquistadores que, por su disconformidad con la violencia destructora de la conquista y del proceso de evangelización, vivieron marginados. Por eso, la verdadera historia y las utopías político-religiosas elaboradas por los primeros cronistas, de las cuales se hace el personaje posiano el vocero, quedan —y quedaron de hecho— obliteradas por un discurso oficial encubridor que, en 1577, se vio legitimado por disposiciones legales que censuraron oficialmente los trabajos etnográficos de dichos cronistas, sin dejar de impedir hasta principios del siglo XIX el estudio de las civilizaciones precolombinas. Por eso, desilusionado, el Cabeza de Vaca ficticio se dirige a “hombres de otra época, no de ahora”⁵¹.

Bibliografía

Adorno, Rolena. 1988. “El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad”. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Lima, año XIV, n° 28, pp. 55-68.

⁵⁰ *Ibid.* pp. 190-191.

⁵¹ *Ibid.* p. 163.

- Anderson Imbert, Enrique. 1986. *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, FCE, t. 1, pp. 38-40.
- Baudot, Georges. 1983. *Utopía e Historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Careño, Antonio. 1987. "Los *Nafragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca: una retórica de la crónica colonial". En *Revista Iberoamericana*, vol. 53, n° 140, pp. 681-694.
- Filer, Malva E. 1995. "La visión de América en la obra de Abel Posse". En *Lateinamerika-Studien* (Erlangen), vol. 29, pp. 211-224.
- González, Jaime. 1982. "La significación de las Indias para la historia de España según Oviedo", p. 77-84, en VV.AA., *América y la España del siglo XVI*, Madrid, C.S.I.C., Instituto Fernández de Oviedo, T. I., pp. 77-84.
- Kohut, Karl. 1992. "La Conquista en la crítica literaria". En *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*. Frankfurt am Main, Vervuert verlag, pp. 29-51.
- Lafaye, Jacques. 2000. "Literatura y vida intelectual en la América española colonial". En Bethell, Leslie (ed.). *Historia de América latina*, T. 4: América latina colonial. Población, sociedad y cultura. Barcelona, Crítica, vol. 4, pp. 229-261.
- Le Goff, Jacques. 1988. *Histoire et mémoire*. Paris, Gallimard, Coll. Folio / Histoire.
- Lewis, Robert E. 1982. "Los *Nafragios* de Álvaro Núñez: historia y ficción". En *Revista Iberoamericana*. vol. 48, n° 120-121, pp. 681-694.
- López, Kimberle S. 1999. "Transculturación, deseo colonial y heterogeneidad conflictiva en *El largo atardecer del caminante* de Abel Posse". En *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Lima, año XXIV, n° 49, pp. 41-62
- Mignolo, Walter. 1992. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". En Luis Iñigo Madrigal (coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana*, Tomo I: Época colonial, Madrid, Cátedra, pp. 57-116.
- Molloy, Silvia y Lagmanovich, David. 1988. "Los *Nafragios* de Álvaro Núñez". En Cedomil Goic. *Historia y crítica de la literatura*

- hispanoamericana*, Barcelona, Editorial Crítica, T. I: Época colonial, pp. 135-142.
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvar. 1992. *Los Naufragios*. Ed. de Enrique Pupo-Walker, Madrid, Editorial Castalia.
- 1985. *Naufragios*. ed. de Trinidad Barrera, Madrid, Alianza.
- 1989. *Naufragios*. ed. de Juan Francisco Maura, Madrid, Cátedra.
- 2003. *Relation et commentaires du Gouverneur Álvar Núñez Cabeza de Vaca sur les deux expéditions qu'il fit aux Indes*, Édition présentée et annotée par Jean-Marie Saint-Lu. Traduction de H. Ternaux-Campans, Paris, Mercure de France, Col. Le Temps retrouvé.
- Pastor, Beatriz. 1983. *Discurso narrativo de la conquista de América*. Ciudad de la Habana, Casa de las Américas.
- Posse, Abel. 1991. "1992: un imperio cultural en busca de su política". *Lateinamerika-Studien* (Erlangen), vol. 37, pp. 99-117.
- 1992. "La novela como nueva crónica de América: historia y mito"., Karl Kohut (ed.). *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*. Frankfurt am Main: Vervuert verl., pp. 249-255.
- Pupo-Walker, Enrique. 1995. "El relato virreinal". Pupo-Walker Enrique (coord.). *El cuento hispanoamericano*. Madrid, Castalia, pp. 55-77.
- 1987. "Los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca: notas sobre la relevancia antropológica del texto". *Revista de Indias*, vol. XLVII, n° 181, pp. 755-776.
- 1987. "Pesquisas para una nueva lectura de los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca". *Revista Iberoamericana*. vol. 53, n° 140, pp.517-539.
- V.V. A.A. 1988. *Usage de l'oubli*, Colloque de Royaumont, Paris, Ed. du Seuil.